

1. La carpa

por Carla Zaccagnini

“¿De qué color era la carpa con la que viajamos al sur?”, pregunté. “Era una carpa del ejército”, me contestó. Verde, pensé, verde oliva. O verde militar. La próxima pregunta sería cómo conseguimos, en 1977, una carpa del ejército. No la hice.

Pero imagino que sería de su hermano Jorge, mi tío. Jorge murió joven, de cirrosis, y los recuerdos que tengo son pocos y desteñidos, pero vigorosos. Me acuerdo de verlo girar sobre un eje imaginario que le pasaba por el centro de la cabeza y terminaba entre los pies, para enrollar la cinta de la impecable bombacha de gaucho que vestía en el campo. Me acuerdo de seguir durante días el movimiento delicado y preciso de sus manos al construir un barrilete en forma de pájaro –un águila, creo– complejísimo, mientras mi abuelo materno, siguiendo instrucciones del mismo libro y usando materiales que él dejaba de lado, me hizo una estrella rosa que decía “Carla”. El nombre en verde hoja. Estuvo años en el campo detrás de una cama, esa estrella. El águila no, el águila tuvo vida corta. No remontó vuelo al primer intento, ni al segundo y no hubo tercero; Jorge caminó firme hasta donde había caído y la pisoteó a los saltos, hasta que no quedara por donde reconocerla en esa mezcla de pájaro, tierra y pasto.

Jorge coleccionaba armas y practicaba tiro, creo que una vez se lastimó la propia rodilla tratando de acertarle a una lata. Creo acordarme de que una vez invitó a la estancia amigos en uniforme. Verde militar. Me acuerdo de verlo romper al medio la lámina de un cuchillo de trinchar, con las manos, en una pelea con mi abuela que yo miraba desde un banquito en la cocina. Mi primo se acuerda de otra pelea, o tal vez la misma, vista desde otro ángulo y guardada por otra memoria, en la que nuestro tío le clavó un cuchillo al pulóver que la abuela llevaba puesto. Mi abuela contaba, cada vez que quedábamos a solas, que cuando lo visitó en el hospital tenía el pecho quemado por una olla de agua hirviente. “Me acuerdo – decía cada vez mi abuela– de la última vez que lo vi a Jorge entrar por esa puerta”. Y apuntaba a la puerta del comedor-diario de la casa donde vivía, donde habíamos vivido antes nosotros. Me acuerdo, yo, de la noche en que mi padre me despertó diciendo que Jorge había muerto. Mi madre estaba de viaje y él lloró solo, aunque me hubiera gustado acompañarlo.

Poco después se supo que escribía poesía.

Nos fuimos al sur en carpa. La idea era llegar a Ushuaia. Mi padre manejaba un Renault 6 verde claro que tenía un agujero donde mi madre hubiera apoyado los pies. Yo iba sentada atrás. Cercada de bultos, me imagino, los que llevábamos desde Buenos Aires y los que seguramente fuimos adquiriendo en el camino.



Teníamos, entre otras cosas, un bidón de 20 litros lleno de gasolina. Sé que olor tenía y que ruido hacía cuando pegaba el líquido contra el plástico en un reflejo retrasado de los movimientos del auto. Se mostró útil un día en el que nos perdimos yendo por la Meseta Patagónica rumbo al Camino de los Siete Lagos. Todo era plano como una sola cosa interminable y no nos cruzamos ni un alma. Recién al anochecer, parado sobre el techo del auto, mi padre pudo ver una luz a lo lejos. La seguimos. Era una casa al borde de un lago –uno de los siete, supongo. El habitante solitario le sacó combustible a su propia lancha para alimentar nuestro auto y nos indicó el camino.

Esa historia la escuché por primera vez el otro día, cuando pregunté por el color de la carpa, el modelo del auto y el trayecto del viaje. Lo que siempre se cuenta de esas vacaciones es la anécdota con la que se pretende comprobar que yo, ya desde los 4 años, no estaba hecha para la vida de camping.

Se dice que me enfermé y me llevaron al médico en el primer pueblo que se asomó al camino. Se llamaba Tres Plumas (o posiblemente Tres Chapas). La sala de espera era lúgubre – creo que fue allí donde aprendí esa palabra, o tal vez haya sido al volver, cuando mis padres describían los lugares por donde habíamos andado, de cualquier forma la ilustración de lúgubre será siempre la sala de espera de un médico de pueblo a quien no le gusta la luz natural. Mi padre quiso abrir las cortinas, para que entrara el sol. La recepcionista se opuso: “Al doctor no le gusta”, dijo. Nos fuimos. En el pueblo siguiente, que se llamaba Tres Chapas (o más probablemente Tres Plumas), había una pediatra a quien no le molestaba la luz. Luego de examinarme, concluyó que yo no necesitaba más que pasar unos días en el mismo lugar, en un cuarto de hotel. Se cuenta –insistentemente– que cuando entré a la habitación del Hotel del Automóvil Club en Trelew, saltaba sobre los colchones gritando: ¡Una cama! ¡Una cama! “Una cama!” repite siempre mi padre, fingiendo una voz aguda.

Pensé que sería por eso por lo que al poco tiempo se habían decidido a vender la carpa (que hasta hace poco me imaginaba azul y roja). Pero resulta que no, que la carpa del ejercito quedó en la familia. Hasta hace algunos años, al menos, la tenía Jorge. El otro tío Jorge, hermano de mi madre, montañista, que sigue viviendo en La Cumbre. La carpa de la que debía tratar este cuento era otra. Por que este relato no debería ser sobre mi relación con el campamento, ni sobre la casualidad de tener dos tíos con el mismo nombre que siempre fueron como lados opuestos de un espejo. Ni debería ser sobre remontar barriletes o manejar hacia el sur. Este relato es sobre el día en que se vendió una carpa, que mientras presentaba como siendo esta, descubrí ser otra.



La carpa en venta era de los Bergeret. Bernardo, el padre de mi amiga Magdalena, compañera de la escuela, le había pedido al mío que la vendiera –porque “en eso Guillermo era un experto”. Era una carpa con poco uso. Puede que los pequeños Bergeret también hayan preferido los hoteles. De esto no tengo recuerdos, he ido reconstruyendo la historia entre aquella llamada en la que supe el color de la primera carpa y algunos otros mensajes triangulados. La segunda carpa no tiene color, no creo que nunca la hayamos visto abierta. Magdalena dijo que “Podría haber sido crema”, aunque también podría haber sido azul y roja.

La habían anunciado en un semanario que se llamaba Segunda Mano y que, si no me equivoco, salía los lunes (o martes). Años más tarde el mismo Bernardo, que viajaba seguido a Rio por trabajo, le llevó uno de muestra a un amigo. Se lo tiró sobre el escritorio y le dijo “Mirá, te traigo una idea”. El amigo, o un amigo del amigo, creó el equivalente en Brasil. Se llamaba Primeira Mão y salía los martes (o lunes). El título de la versión brasilera era un eufemismo, ya que en ambos casos se trataba de periódicos donde se anunciaban objetos usados.

Vino a ver la carpa un hombre, que en ese momento me pareció grande. Tenía un brazo enyesado y un portafolio rígido, con código, de los que en ese momento usaban los ejecutivos y los espías. Lo acompañaba un sobrino. La carpa le gustó. Puede ser que sí la haya visto abierta. Le entregó un sobre cerrado. Yo seguía la conversación un poco a lo lejos; interesada, pero queriendo pasar desapercibida.

Me acuerdo de ver a mi madre sacando los billetes del sobre y contándolos junto a la mesa del comedor-diario. Su expresión de quien quisiera aparentar que ya lo ha hecho otras veces, que esta no es más que una vez más. Las uñas pintadas, los ojos atentos, los labios que se movían rápido pero poquito y dejaban escapar un aire fino, con más sonido a viento que a números. Cada billete, en vez de su propio nombre evocaba un resultado parcial, ese billete adicionado a todos los anteriores y esperando los siguientes, como cada eslabón de una cadena. El ruido del papel que se levanta y se estira, se despega y se junta. Sin desdoblarlos, sin deshacer el fajo de billetes, manteniendo el orden por colores. Así como las diferentes capas de una torta tienen cada una su sabor, así también cada capa de color en un fajo de billetes bien armado tiene su densidad y su dulzura. Tsssfts; tssscfst; trssstsfss trssstvtcs, y la suma acordada. Y el dinero de vuelta al sobre.



“Muy bien, gracias, lo acompañó hasta la puerta.” El señor levantó el maletín de la mesa con su mano sana. El sobrino agarró la carpa. Creo que los acompañé a la puerta. Y cuando volvimos mi madre abrió el sobre para sentir de nuevo el fajo de billetes y se dio cuenta de que ya no era el mismo. El señor que en ese entonces parecía grande se había llevado los billetes acariciados por los dedos de mi madre y nombrados por el viento que salía de sus labios. Como en un pase de magia los había transformado en otros, un fajo que de billetes solo tenía uno. El de afuera. El relleno era todo de papeles blancos cuidadosamente recortados del tamaño de cédulas. Dobladlos con menos cuidado que cuando hay que separar por color, abrazados por una gomita idéntica. Una torta de pura harina.

Mi madre corrió hacia la puerta, la abrió, miró a un lado y otro de la calle. Ya no estaban. Ni el señor que no debía ser tan grande, ni el maletín que tal vez tuviera un fondo falso, ni el brazo que ni necesitaría yeso, ni el joven que en vez de sobrino sería comparsa (o amante), ni la carpa que no debía tener los colores de la bandera de Francia (o Inglaterra). Ni la plata, ni su olor, ni su sombra.

